

# LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Sábado 15 de Mayo de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-ccion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NUM. 991.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

## ANUNCIO

La liquidacion verdadera y más barata es la de la calle de S. Francisco, número 23, *El Toison*; hasta fin de mes permanecerá abierta, y al derroche se están liquidando todas las existencias.

Aprovecharse hasta fin de mes nada más. 2

## Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Isidro, san Mancio y san Torcuato.

## SOBRE EL ANTIGUO RÉGIMEN.

### XII.

Lo que se ocurre á los economistas para demostrar que no son aplicables al gran siglo del trabajo las reglas de los siglos de la cruz y de la espada, no ofrece más dificultades que la protesta de los políticos.

«Vosotros—dicen los hombres de la nueva ciencia—en el hecho de llamarlos tradicionalistas, careceis de antecedentes para resolver la cuestion económica del día. Pase que, á nombre de vuestras ideas, opongais á la presente época el gran siglo de la historia española, con sus grandes reyes, sus capitanes ilustres, sus insignes políticos, sus teólogos, sus filósofos, sus historiadores, sus poetas y sus artistas. Nadie os impide que hableis de la imprenta, que floreció en aquellos tiempos, ni de los célebres navegantes á quien se deben tantos descubrimientos y conquistas; tampoco del vapor y del telégrafo, ensayado desde antiguo; ¿más dónde encontrareis el gran siglo del trabajo?»

Sólo en el que vivimos se ve el espectáculo de miles de jornaleros que, para hacer una prole, abandonan el campo, las minas, las obras públicas ó privadas y los talleres, el mismo día á la misma hora declarándose en huelga... Si es la historia de vuestras grandezas no registra hechos, porque es la historia de un pueblo pobre y heroico, pero pobre en extremo, es porque la tradicion de los tiempos de la cruz y la espada no os ha podido trasmitir reglas, ni doctrinas que aplicar á sucesos imprevistos.»

He aquí el hacha destructora que los economistas blandieron contra nuestra causa, sin oposicion alguna, aunque sea triste confesarlo, y embotada de puro vieja volvió á tomar en las manos el Sr. Cánovas del Castillo, el cual,

sacándola de nuevo el filo en la piedra de su erudicion, la utilizó diciendo, que «España... no pudo nunca soñar por su situacion topográfica, ni por los productos de su suelo, ni por su poblacion, que le fuese dado ascender al lugar altísimo que durante el reinado de Felipe II ocupó entre las naciones.

No es esto solo; despues de recordar que otras veces ha citado en sus escritos la descripcion de España de algunos extranjeros (el principal de ellos Andrea Navagiero) cuyos datos prueban incontestablemente la SUMA POBREZA y despoblacion del territorio nacional en el gran siglo de nuestra historia, aun añade «que nuestro suelo constantemente arrasado por los bárbaros, no fué rico sino en hombres de guerra, al constituirse en una nacion bajo los reyes católicos.»

Fortuna que á la maestra de la vida no se le imponen leyes, que ella es quien las dicta; y con dejar que la historia hablase por boca de William Prescott, ya tendríamos bastante para conocer el estado floreciente de España á principios del siglo XVI; pero aun sin aducir otras pruebas que las que como incontestables cita el Sr. Cánovas, todo lo contrario de la suma pobreza aparece á nuestros ojos, pues resulta que en el gran siglo de nuestra historia, con la gloria de las armas y las letras compitió la asombrosa vida que fué tomando el suelo, así que nuestros soldados lanzaron de él á los bárbaros que lo habian arrasado.

Tal era la actividad y fuerza que la organizacion cristiana imprimía á aquella sociedad, que la cruz y la espada acababan de establecer, luchando con la media luna.

Consta, en efecto, que por los años de 1450 al de 1525, en que tuvieron lugar los viajes por España de Jorge de Eingham, de Leon de Rosmihal, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero, á que el Sr. Cánovas alude (y consta porque estos viajeros lo dicen), que si era famoso el cultivo de Portugal por sus vinos y granos, por su aceite, su azúcar, por los higos, las pasas y la miel; si allí los extranjeros cuentan los árboles del Paraíso, naranjos, limones y granados en tanto número como nunca habian visto, tambien admiran los bosques de manzanos de Fuenterrabía, San Juan de Luz y Hernani, la bellísima tierra de Alava con sus montes de encinas, la abundancia de Vizcaya, el fértil y poblado país de la Rioja, los muchos trigos y viñas de la tierra de Campos, las viñas y arbolado de

Tordesillas, y la fertilidad y riqueza de Valladolid y sus pueblos.

Y aunque no encuentran en Medina del Campo, ni prados, ni bosques, y observan que sus habitantes (como sucede ahora) usaban para hacer fuego del estiércol de los animales, contemplan en cambio la vega de Toledo, con las norias que riegan sus huertos famosísimos; los campos de Talavera, rodeada de olivares y viñas, y celebran los jardines poblados de naranjos y cidros de todo el valle del monasterio de Guadalupe, los vinos de Guadalcanal y Cazalla; los infinitos naranjos de Sevilla, su bosque de olivos de más de treinta leguas; el valle del Darro, cubierto de frutales, sus acequias para riego, molinos y otros ingenios, y sus collados labrados desde la cima; recordando, por último, la hermosura de la ribera del Aranda, bien cultivada; la fertilidad de Zaragoza, ensalzada por el adagio que dice: *Zaragoza la harta, Barcelona la rica y Valencia la hermosa*; el malvasía y moscatel de Igualada, y los jardines con mirtos, naranjos, limoneros y palmeras de la riquísima Barcelona.

Téngase en cuenta además, que en el precedente cuadro no están comprendidos los esfuerzos de laboriosidad é inteligencia que hacian notables otros puntos de España, como, por ejemplo, la huerta de Valencia, tan despoblada é inculta en el primer tercio del siglo XIV, y despues, con las obras de desecacion y riego convertida en una region de placer; los *maizares* de San Sebastian que aparecen talados en la guerra de las comunidades, y los productos de la Vera y Valle de Plasencia, cuya estadística conserva cuidadosamente la historia; y aunque se prescindiera del esplendor á que la ganadería habia llegado en aquellos tiempos, y del cual nos dan alguna idea esos mismos extranjeros que en su apoyo invoca el Sr. Cánovas, bien cuando Rosmihal atraviesa la tierra de Búrgos, ó cuando Guicciardini recuerda los excelentes caballos que en el país nacen; ora al llegar Navajero al punto en que el Guadiana se oculta bajo un puente natural, sobre el que se apacentaban más de diez mil carneros; ora en fin al divisar, saliendo de Poza, los abundantes pastos del inculto y desierto Buitron; no sabemos de donde puede deducirse la suma pobreza del territorio nacional, en el gran siglo de nuestra historia, como no sea leyendo á medias los libros que se citan.

Porque si es verdad que Guicciardini, llevado de la prevencion con que mira nuestras cosas,

dicen que solo se labraba la tierra próxima á las poblaciones, y aun esta no bien, permaneciendo el resto sin cultivo, Guicciardini es por otra parte quien escribe, y en 1512 por cierto, que aquí se recogia mas trigo que el preciso para el consumo; que el vino se exportaba á Flandes y á Inglaterra, para donde salia aceite, lo mismo que para Alejandría; y que de lana y seda todos los años se extraia gran cantidad del reino.

Y ahí están además, protestando contra la *suma pobreza*, las noticias de las ferias castellanas, las leyes de Recopilacion, las ordenanzas de los gremios y los adeudos del derecho de ancoraje, que brindan á formar una geografía industrial y marítima, que, con la agrícola ya bosquejada, dan brillante idea del estado económico de España á principios del siglo XVI, como lo haremos notar en seguida.

A. M. DE L.

## LA CATÁSTROFE DE MADRID

Cortamos de *El Dia*:

*La nota del Observatorio.*

El periódico oficial ha publicado hoy la siguiente nota del Observatorio de Madrid, sobre el huracan desencadenado ayer, y que ha ocasionado tantas desgracias y tantos daños.

«Nota. Tempestuoso el cielo desde las seis horas de la tarde. De las seis horas y veinticinco minutos á las seis horas cincuenta minutos relampaguea y truena débilmente, y cae copioso aguacero, mezclado á ratos con granizo de poca tinaña y no muy abundante tampoco.

Al principiar el nublado, procedente del S. y SO., la veleta apunta al SE.; luego al E. y NE., y por largo rato, mientras descarga la tormenta, al N., contrariando el viento rastrero el movimiento de las nubes en sentido contrario.

Pero á las seis horas cincuenta minutos la veleta inclina al NO., luego al O., y poco despues, antes de las siete horas, al SO. y conforme el viento gira y varía así en direccion, aumenta descomposadamente en intensidad, y concluye por soplar arremolinado, desde las siete horas y un minuto á las siete horas y seis minutos principalmente, con furia devastadora, y muy rara vez advertida en Madrid, sin ejemplar, seguramente, en los últimos veinte años.

El barómetro, ya bajo, y que desde las doce del día á las seis de la tarde habia experimentado una depresion de seis milímetros, osciló de un modo violento durante el paso del huracan, en amplitud por dos veces, casi instantánea, de tres á cuatro milímetros.

Los destrozos producidos por el huracan son al cerrar la noche y cuando la tormenta no se ha

—449—

de repente retirarse. Bauge se hizo servir el té por de las odaliscas.

Despues de almorzar al dia siguiente, hizo que llevasen á las ferrerías. Tiburcio, segun pre-el periodista, se dejó engañar completamente sus hipócritas demostraciones de sentimiento.

—Os agradezco, dijo á Bauge, vuestra fineza que estimo en el alma... Esos desgraciados no conocen, y por eso se han dejado llevar de injustas prevenciones. Ya lo sentirán y se arrepentirán: yo los compadezco, porque no deseo su bien y ellos van á sufrir cruelmente.

—Esa compasion os honra, respondió el amigo del pueblo; pero creedme, yo conozco al popto y os digo que no os dejéis llevar de vuestro buen natural. Si aparentais temor, se insinuará esa gente más cada dia: en suma, esa inaccion es para ellos más fatal que para vos. Yo, de todos modos, si al llegar los vencimientos necesitais de alguna cosa, disponed de mi bolsillo. Mis libros tienen mucho séquito, cada dia más en boga; y así es que no haré ningun beneficio en ayudarlos... Aguardad un poco, pues

—448—

—Cáspita! pues me parece que á las dos de la mañana ya es hora de que un hombre descansase.

—Tráeme té!

—Vos os estareis mañana en cama hasta medio dia si así os place, pero yo...

—Qué estás gruñendo, majadero?

—Sí señor; la revolucion se ha hecho para que los criados no sean ya zamarreados por sus amos y puedan dormir con sosiego. Vos me tratáis como á un perro, y esto humilla mi libertad.

—Mira, que te pague Althéa mañana lo que alcances, y vete á otra parte con tu libertad.

—Pues no es eso lo que vos mismo decís en los folletines. «Ningun hombre hay que por naturaleza tenga derecho á mandar á los demás. Ella nos ha hecho á todos iguales.» Por consiguiente....

—Lárgate de aquí, gran canalla, si no quieres que te pruebe el derecho que tengo á mandarte... y tambien á darte una paliza.

German, que conocia á su amo y sabia que era muy abonado para cumplirle la palabra, juzgó

—445—

llevado todo: ya no me queda más que una plaza en el instituto.

—Qué diablos quereis que haga yo en el instituto? Soy un ignorante, y mis compañeros se me reirian.

—No tendrían derecho á hacerlo... Aceptais ó no?

—No señor, no acepto. Yo quiero un obispado.

—Un obispado?

—Sí, señor; pues y qué tiene eso de particular? Os parece que pido mucho?

—Oh! no seguramente que no... Pero sois eclesiástico?

—Yo no soy eclesiástico; lo es un tío mio... párroco ejemplarísimo de aldea, digno de todos nuestros respetos. Premiando en su persona los servicios míos, hareis un acto de política superior. Si el gobierno caído hubiera atendido á los merecimientos de mi tío, há ya dias que este llevaria mitra.





